

# Zifar, “cavallero de Dios” y rey por vía matrimonial

## Zifar, “Knight of God” and King by Marriage

M<sup>a</sup> Isabel PÉREZ DE TUDELA VELASCO  
Universidad Complutense. Madrid  
pertucas@ucm.es

### RESUMEN

El artículo trata de profundizar en los problemas socio-económicos y morales que aquejaron a la caballería durante la Baja Edad Media, a través del *El libro del caballero Zifar*; partiendo de un dato contrastado, el gran éxito de la novela, la primera de caballerías escrita en español, durante la Baja Edad Media. Y cifra ese éxito en la carga simbólica que el autor proyectó sobre su personaje, Zifar, presentado primero como encarnación de los problemas que afectaban a la caballería a comienzos del siglo XIV y luego como modelo de conducta para superar esos problemas e incluso alcanzar las más altas cimas del poder.

**Palabras clave:** Castilla, Siglo XIV, Nobleza y caballería, *Libros de caballerías*, Zifar.

### ABSTRACT

This article attempts to analyze the socio-economic and moral problems that beleaguered knighthood during the late Middle Ages, through *El libro del caballero Zifar*; taking the demonstrated success of the novel, the first about knighthood written in Spanish during the later Middle Ages, as a point of departure. It interprets this success through the symbolic charge that the author projected over its protagonist, Zifar, presented first as an incarnation of the problems that affected the knighthood at the begin of the fourteenth century and then as a model of conduct to overcome these problems and even to attain the summit of power.

**Key words:** Castile, Fourteenth Century, Nobility and Knighthood, Chivalric Literature, Zifar.

**Sumario:** 1. Zifar y su peregrinación vital. De caballero andante, a rey de Mentón, mentor de sus hijos y dinasta de una estirpe real. 1.1. De caballero estigmatizado a caballero viandante. 1.2. Zifar de caballero andante a rey de Mentón. 1.3. De rey de Mentón a mentor de sus hijos. 1.4. Zifar cabeza de una estirpe de reyes. 2. El Caballero Zifar en la encrucijada de los siglos XIII-XIV.

Abordar cualquier aspecto relativo al *Libro del Caballero Zifar*, entraña el reto inherente a bucear en la que sin duda es una de las obras señeras de la literatura medieval hispana, pero hacerlo, contando con el códice que, custodiado en la biblioteca nacional de París, editó Moleiro hace ya años, es hablar una fuente histórica inapreciable para el conocimiento de la realidad peninsular de los siglos XIV y XV. Porque si ya el texto escrito ofrece indudable interés aunque sólo sea sólo por el éxito que cosechó en su tiempo, ese texto iluminado, más de un siglo después, nos sirve a nosotros para iluminar, a nuestra vez, múltiples aspectos de la mentalidad, la axiología y la vida cotidiana de aquella sobresaliente época. Y es que la novela compuesta a comienzos del siglo XIV, cosechó tal éxito que, no sólo se multiplicaron los ejemplares, sino que uno de ellos mereció el honor de ser ilustrado con una de las más ricas colecciones de miniaturas hispanas<sup>1</sup>.

Sin embargo, durante años el interés del libro se vio ensombrecido por el juicio que mereció de don Marcelino Menéndez Pelayo. Juicio que ha sido frecuentemente recogido en una de las frases que el gran polígrafo le dedico y que tiene mucho de axiomática: “la composición de esta novela es extrañísima, y son tantos y tan heterogéneos los materiales que en ella entraron, no fundidos sino yuxtapuestos, que puede considerarse como un *spécimen* de todos los géneros de ficción y aun de literatura doctrinal que hasta entonces se habían ensayado en Europa”<sup>2</sup>. Aunque, las aportaciones del insigne polígrafo, van más allá de la susodicha frase, al considerar que en el laberinto del *Cifar*, hay que distinguir tres cosas: la acción principal de la novela, la parte didáctica y *paremiológica* y los cuentos, apólogos y anécdotas que por todo el libro van interpolados.

Pues bien; lo que yo proyecto es, en la línea propuesta por don Marcelino, analizar “la acción principal de la novela”<sup>3</sup>, en el contexto de su tiempo; y, claro está, más en concreto, dentro de los esquemas sociales, económicos e ideológicos del Orden de la Caballería. Para ello comenzaré por resumir la trama argumental de la novela aun cuando este ejercicio ha sido realizado en varias ocasiones por reconocidos especialistas<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> LUCÍA MEGÍAS, J. M.: “Los testimonios de *Zifar*” en *El libro del caballero Zifar. El códice de París*, ed. F. RICO y R. RAMOS, M. Moleiro s. a. pp. 136.

<sup>2</sup> MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Orígenes de la novela*, 1905, I, 295. El autor añadía una consideración sobre la importancia “del estudio de sus fuentes” y se hacía eco del trabajo que acababa de publicar Carlos Felipe Wagner, al que identifica como joven profesor norteamericano.

<sup>3</sup> Ello implica marginar las aventuras de “tipo imaginario” o fantástico, así como las que protagonizan otros personajes como son las de Roboán, el hijo de Zifar y las del caballero amigo. Y, desde luego los cuentos y ejemplos que salpican toda la obra.

<sup>4</sup> Recordaré sólo la de GONZÁLEZ MUELA, J.: en la “Introducción crítica” del *Libro del Caballero Zifar*, Madrid, 1982, pp. 7-9; la de GONZÁLEZ, Cristina: “Introducción” de la edición de la misma obra, Madrid, 1983, pp. 42-45 y la de RAMOS, Rafael: “Invitación a la lectura del *Libro del caballero Zifar*” en *Libro del Caballero Zifar. Códice de París*, ed. F. RICO y R. RAMOS, M. Moleiro s.a., pp. 13-55.

## 1. ZIFAR Y SU PEREGRINACIÓN VITAL. DE CABALLERO ANDANTE, A REY DE MENTÓN, MENTOR DE SUS HIJOS Y DINASTA DE UNA ESTIRPE REAL

### 1.1. DE CABALLERO ESTIGMATIZADO A CABALLERO VIANDANTE

El texto de la novela y las imágenes que ilustran el códice de París cuentan la historia de un caballero al servicio del rey de Tarta, un remoto reino “de las Indias”<sup>5</sup>. Ese caballero era tan bueno y religioso que por sus merecimientos llegó a ser conocido como “El cavallero de Dios”<sup>6</sup> y casi más desdichado que lo primero y lo segundo. En efecto, en castigo a las perversiones cometidas por un ascendiente del protagonista de nombre Tared<sup>7</sup>, el linaje al que pertenece fue sentenciado por la Providencia a un severo correctivo: los caballos y las monturas que les eran imprescindibles para cumplir con las funciones inherentes a la caballería, morían diez días después de pasar a sus manos<sup>8</sup>. De modo que el beneficio de las gestas de nuestro caballero quedaba siempre depreciado por el maleficio que perseguía a su estirpe. Con estos precedentes se puede entender que la posición de Zifar en la corte se resintiera de las murmuraciones que sus compañeros de armas vertían sobre él en los oídos del rey. Esas habladurías terminaron por apartarle de la amistad del monarca y del beneficio de sus requerimientos y obsequios. Privado de recursos económicos con los que mantener su estatus y su honra, el menoscabo social del caballero alcanzó tal punto que temió perder hasta su misma condición ecuestre. Pero con ser graves las repercusiones materiales de esa pérdida, lo que más preocupaba a Zifar eran las consecuencias morales: de no remediar su situación “menguaría en los bienes que Dios” puso en él<sup>9</sup>.

A pesar del interés que entrañan, estas notas no constituyen más que los prolegómenos de la primera parte del *Libro del Caballero Zifar*. Porque en vista de todo lo expuesto hasta aquí, el personaje resuelve salir de su tierra y buscar mejores oportunidades en otros horizontes. Esta decisión es la que le sumerge en un largo viaje preñado de dificultades materiales y retos morales de los que, a tenor de los comentarios del autor de la obra, sale fortalecido y redimido<sup>10</sup>.

Ahora bien; Zifar no partirá sólo. En el proyecto está incluida su familia, pues también a ella alcanzan las consecuencias de los yerros del antepasado paterno. Por-

<sup>5</sup> “Cavallero de las Indias do andido predicando San Bartolomé Apóstol después de la muerte de nuestro salvador Ihesu Cristo”. *Libro del Caballero Zifar*, ed. GONZÁLEZ MUELA, J., Madrid, 1990, pp. 58 y 112. A continuación las referencias al texto serán relativas a las páginas de esta edición.

<sup>6</sup> “Era conplido de buen seso natural e de esforçar, de justicia e de buen consejo e de buena verdat” (p. 58).

<sup>7</sup> “E así, el rey Tared, comoquier que el rey su padre le dexara muy rico e muy poderoso, por sus malas costumbres llegó a pobredad e óvose de perder” (p. 79).

<sup>8</sup> Dice el texto que el caballero había llegado a “tan gran desventura” que no le duraba caballo o montura más de diez días, aunque él la enajenara antes (p. 60).

<sup>9</sup> Líneas más arriba, Zifar se confiesa bendecido por Dios con “cosas señaladas de cavallería que non puso en cavallero de este tiempo” (pp. 76 77). Esos talentos singulares que Dios otorgó al protagonista han sido enumerados, de nuevo, por el autor en un párrafo con una referencia muy concreta a su destreza “de armas” (p. 60).

<sup>10</sup> Esta parte es la que RUIZ CONDE, Justina identifica como la de las “proezas físicas y morales del caballero Zifar”. “La composición del caballero Zifar”, en *Historia y Crítica de la Literatura española*, Barcelona 1980, p. 365.

que Zifar tiene por mujer a una “buena dueña” de nombre Grima. Y de no ser por las secuelas de la aciaga maldición, su vida familiar sería totalmente feliz ya que, al decir del novelista, el caballero “amaba (a Grima) más que a sí”. Para colmo de dichas, el matrimonio había sido bendecido con dos “fijuelos”, el mayor de nombre Garfín, y el menor, Roboán <sup>11</sup>.

De modo que el protagonismo de Zifar en esta parte de la obra, lo compartirán una mujer y dos niños. Eso permite al autor, en el plano fáctico, aumentar el número y el cariz de las aventuras y, en el didáctico, multiplicar los paradigmas de conducta. En efecto; la peregrinación por tierras ignotas les llevará a todos a afrontar los más graves peligros: el padre en el ámbito bélico; la madre y los hijos en el terreno de lo personal. El futuro “cavallero de Dios”, en su condición de caballero andante –“cavallero viyandante”<sup>12</sup>–, pone su bravura y experiencia militar al servicio de señoras desvalidas<sup>13</sup> o reyes acosados por ambiciosos enemigos<sup>14</sup>. Ello da pie a que el autor prodigue los lances en los que el principal protagonista derroche a la par valentía y maestría, al tiempo que mejora su condición social gracias a la generosidad con que son retribuidos sus servicios.

El resto de la familia también correrá aventuras sin cuento. Garfín, fue raptado por una leona en un bosque próximo a la ciudad de Mella, aunque no sufrió lesiones de consideración, poco antes de que Roboán, despistado en un escenario urbano que le era desconocido, se perdiera de la vista de sus padres<sup>15</sup>. Sin embargo las desventuras de los dos hermanos no fueron demasiado largas, porque primero Roboán y luego Garfín fueron recogidos y adoptados por un caritativo matrimonio burgués<sup>16</sup>. Por lo que de los tres, fue Grima quien tuvo que sortear los mayores peligros y realizar los más encomiables proyectos. Su aventura en solitario comienza al ser retenida en un barco, ante la mirada impotente de su marido, por una partida de maliciosos marineros ávidos de disfrutar de sus encantos personales<sup>17</sup>. Aunque por mediación de la

<sup>11</sup> El perfil moral de Grima se resume en esta frase: “fue muy buena dueña e de buena vida e muy mandada a su marido e mantenedora e guardadora de la su casa” (p. 58). Algo después (p. 63) se cuentan las razones de la peregrinación familiar.

<sup>12</sup> Así define a Zifar el vigía –“velador”– de Galapia desde lo alto de las murallas de la ciudad, cuando preguntan por él las huestes del señor de Éfeso que cercaban la plaza (p. 85). Más adelante, volverá a recibir el título de “cavallero viandante” de boca del ermitaño que le acoge cuando, perdido el resto de la familia, reemprende sólo la peregrinación (p. 130).

<sup>13</sup> Como es el caso de la señora de Galapia, “una dueña viuda” que, por cierto, también se llamaba Grima y que estaba enfrentada a un vecino suyo, “grant ome”, como señor que era de las tierras de Éfeso (pp. 82 y ss.).

<sup>14</sup> Me refiero al rey de Mentón cercado por el rey de Ester (pp. 150 y ss.). En su defensa Zifar lidia primero con el hijo del atacante (p. 153) y luego con otros dos miembros de su familia (p. 155). Estos dos combates proporcionan al protagonista la redención de los castigos que le acosan.

<sup>15</sup> Los hechos tuvieron lugar cerca de la hora tercia, a una jornada más o menos de una ciudad de llamada Mella, que estaba a orillas del mar en el reino de Falac, y poco después de que a Zifar se le muriera el caballo (p. 114).

<sup>16</sup> Los hijos reunidos en la casa de unos burgueses de buen corazón, respetable fortuna y sin descendencia recibieron una educación suficiente. Un matrimonio de los “mayores”, más ricos y poderosos de la ciudad de Mella (p. 119).

<sup>17</sup> Dice el texto que los marineros “estando comiendo e beviendo a su solas e departiendo en la fermosura de aquella dueña... el diablo metiúoles en coraçon a cada uno de ellos que quesiesen aquella dueña para sí” (p. 121).

Virgen María y el Niño Jesús, la dueña no sólo logró desembarazarse de sus captores, sino, además, hacerse con el rico cargamento que se guardaba en las bodegas del navío y arribar a un puerto en el reino de Orbín<sup>18</sup>. A partir de ahí emprende un camino de perfección cristiana que dejó salpicado de fundaciones monásticas y asistenciales<sup>19</sup>.

## 1.2. ZIFAR DE CABALLERO ANDANTE A REY DE MENTÓN

Como hemos visto, la Divina Providencia sacó de todos los trabajos a la infeliz familia, complacida con la acendrada fe de los padres que a pesar de todos los contratiempos mantuvieron, primero juntos y luego por separado, el primer propósito y la confianza en los designios celestes<sup>20</sup>. No sólo eso, también Ella obró el prodigio de reunir a los padres y los hijos en el reino de Mentón. Los cuatro curtidos en los avatares del largo periplo, adornados con las experiencias que han ido cosechando y promocionados en su posición social.

Zifar ha logrado, primero instalarse en el círculo real de Mentón, luego salvar al reino y a la familia real mediante la exhibición de sus capacidades militares y su amor por la justicia y, por fin, y en reconocimiento de esos logros convertirse en “rey e señor del regño”. Eso sí, a costa de convertirse también en bígamo, pues sin advertir nada de su vida anterior, accedió a contraer matrimonio con la hija del titular del mismo<sup>21</sup>.

Grima, que recalca allí algo después, cuando Zifar está sentado en el trono, también será acogida en el mismo círculo por la aureola de santidad que le valen la fundación del monasterio que ya construyó y las otras obras asistenciales que proyecta<sup>22</sup>. Ella llegó, a su vez, bajo una personalidad falsa, pues finge una condición de viuda

<sup>18</sup> La Virgen María, a la que ella se encomienda directamente -“Virgen María tu que acorres a los cuitados e a los que están en peligro, e acorre a mi si entiendes que he mester”- encendió tal conflicto entre los marineros por el “amor” de la dueña, que acabaron atacándose a espadazos unos a otros (p. 121). La propia Virgen intercedió por la buena dueña ante su hijo, de modo que fue el niño Jesús, quien instalado “encima de la vela”, capitaneó la nave hasta su arribada al puerto Galán en el reino de Orbín. Pero antes, María y Jesús permitieron que la dueña se hiciera con el rico cargamento que guardaban las bodegas del barco, consistente en oro, plata, piedras preciosas y ricas telas (p. 123).

<sup>19</sup> La primera en el propio reino de Orbín. para jóvenes hidalgas, bajo la regla de San Benito (pp. 126-127). El monasterio se conocería luego como el de la “Dueña Bendicha”.

<sup>20</sup> Valga como ejemplo las palabras pronunciadas primero por la dueña y luego por el caballero ante el drama de la desaparición de sus hijos: “vallamos para esa çibdat que está aquí çerca, ca al non podemos aquí fazer sinon gradesçer a Dios quanto nos fas e tenérgelo por merçed” Y el caballero cuando supo de la pérdida de Roboán: “nuestro señor Dios derramarnos quiere, e sea bendito su nombre por ende.” (pp. 114-115).

<sup>21</sup> La joven que no tiene nombre es mencionada como “la infante” y alguna vez como “la infante, fija del rey”, se muestra en todo momento muy interesada por él, porque era hombre “de prestar” (p. 147) y muy pronto incluso encariñada con él, a pesar de la diferencia de edad (véase a modo de ejemplo, la p. 154). Por eso y por los intereses militares del reino de Mentón se celebró el matrimonio: “El cavallero de Dios resçibió a la infante por su muger e la infante al cavallero por su marido (p. 169). Sobre esta cuestión entre otros PORRINAS GONZÁLEZ, D.: “Caballería y guerra en la Edad Media castellano-leonesa” *Medievalismo. Boletín de la sociedad española de estudios medievales*, 2005, 15, p. 46.

<sup>22</sup> En Mentón, con el beneplácito de Zifar y de su joven esposa Grima fundará, en un monasterio abandonado, un hospital en el que recibir, muy concretamente a personas de condición hidalga. (p. 178).

que, como sabemos, no le corresponde<sup>23</sup>. Los últimos en presentarse fueron Garfín y Roboán. Los muchachos, convertidos en apuestos jóvenes, exhiben la educación burguesa recibida en el seno de la familia que les acogió<sup>24</sup> y las ansias de promoción que caracterizan a sus consanguíneos. En efecto, a fin de convertirse en caballeros han pedido autorización a sus padres adoptivos para viajar hasta Mentón.

### 1.3. DE REY DE MENTÓN A MENTOR DE SUS HIJOS

Pero ni aún reunidos los cuatro en Mentón terminan las aventuras de nuestros protagonistas; más aún, la asendereada familia deberá enfrentarse allí a las más comprometidas pruebas. Y es que las circunstancias del reencuentro no propician alegrías ni abrazos. Porque, por el contrario, las susodichas circunstancias son tales que colocan al matrimonio en dilemas morales y situaciones ambiguas. Zifar está vinculado a un reino y una esposa que nada saben de sus anteriores peripecias y obligaciones. Su máximo logro ha sido retrasar la consumación del matrimonio, primero dos años, a causa de la extremada juventud de la novia y luego, otros dos, bajo pretexto de guarda de la castidad por imposición penitencial. En ese bienio está cuando Grima se presenta ante él. Zifar la reconoce de inmediato, aunque no lo manifieste, mientras ella, que cree hacerlo, se abstenga de inquisiciones<sup>25</sup>.

Todavía se complicará más la trama cuando Garfín y Roboán lleguen a Mentón y sean reconocidos por una madre que embargada de alegría y deseosa de saber cómo había transcurrido la anterior existencia de sus hijos se acueste entre ellos; eso sí, vestida con saya y pellote y se queden los tres dormidos<sup>26</sup>. La imprudencia, rayana en la temeridad, costó a la “buena dueña” una acusación que nosotros calificaríamos de estupro y que Zifar creyó su deber castigar en la hoguera<sup>27</sup>. Sólo libró a la dueña de suplicio tan terrible el desvelamiento de las relaciones familiares existentes entre ella

<sup>23</sup> “Ella, identificada como “la Buena Dueña”, “andava como biuda”. Como tal emprende una segunda peregrinación que la lleva de Orbín a Ester y, por último a Mentón (p. 171).

<sup>24</sup> “...estos dos fijuelos fueron criados de aquel burgés e de aquella burgesa de Mela e porrijados, ...e fueron tan bien nodridos e tan bien acostunbrados que ningunos de su hedat non lo podrían ser mejor”. Bofordaban, jugaba a las tablas y al ajedrez, poseían recursos oratorios además de arrojo y valentía. Exhibieron las dos últimas cualidades frente a unos golfinos que raptaron a su padre adoptivo cuando practicaba la caza en el mismo monte en el que la leona se llevó a Garfín (p. 179).

<sup>25</sup> La escena del reencuentro no tiene desperdicio. Zifar reconoce a la “buena dueña” de inmediato –“E así como la vio, luego la conosció que era su mujer.” Ella, en cambio, indecisa en la presencia de un Zifar que ha cambiado mucho y envejecido un tanto –“la palabra avía cambiada e non fablava el lenguaje que solía, e demás que era más gordo que solía, e que le avía crescido mucho la barba”- ni siquiera hace preguntas, en parte porque al decir del autor no quería que él perdiese “la onra en que estaba” (p. 178). Mayor dramatismo tiene el diálogo en la ed. de GONZÁLEZ, Cristina: p. 204, porque allí Zifar, se conmueve mucho más pensando en que ella le va a descubrir que por la emoción de recuperar a un familiar que consideraba perdido: “e demudosele toda la color pensando que ella diría commo ella era su mujer”.

<sup>26</sup> El escándalo fue mayúsculo cuando el portero de la reina descubrió a la madre y los hijos durmiendo en una cama grande bajo un “cobertor de veros”. Si bien el autor hace constar que la madre se despierta como se había acostado: en saya y pellote (pp. 182-184).

<sup>27</sup> También ahora el comportamiento de Zifar es cuanto menos sorprendente. Porque si bien se conmociona al sentir que la acción de “la dueña”, podía repercutir en su honra (p. 183), el dolor que podía sentir por ella no impidió una sentencia de fuego: “e mandó que la fuesen quemar luego, comoquier que se doliese mucho della, ca sabía que aquélla era su muger.” Es de notar que, ni en ese terrible trance, “la buena dueña” haga mención

y los donceles y la justificación de su sospechosa conducta por las circunstancias que concurrieron en la víspera. Pues bien; tampoco ahora se identificará Zifar; sólo llega, en su condición de rey, a aceptar el vasallaje de los donceles, a armarles caballeros como deseaban y a emplearles en su servicio<sup>28</sup>.

Es en este tiempo cuando tendrá lugar un nuevo episodio de signo político militar cuya gestión se reparten ahora el encubierto padre y unos caballeros “mançebos” con afán de protagonismo. Se trata de la revuelta del conde Nasón reprimida por los hermanos en los campos de batalla<sup>29</sup> y castigada por el rey con toda dureza<sup>30</sup>.

El desenlace de este primer acto de la novela se producirá a ocho días de expirar el plazo solicitado por Zifar a su joven mujer antes de consumir el matrimonio. Sólo entonces la Providencia acudirá en auxilio de un rey “muy triste e muy cuitado, por miedo que abría a bevir en pecado con ella”<sup>31</sup>. Según el autor de la novela Dios, que no quiso poner a su caballero en mayores aprietos, solucionó el problema llevándose a la jovencísima esposa y reina con Él al Paraíso.<sup>32</sup>

Aún, el Caballero de Dios se tomará el tiempo que juzgue necesario para desvelar su situación familiar sin poner en riesgo el trono en el que se ha instalado. Al final, lo hace tras encomendar a su señor celestial la solución a sus problemas y escuchar una voz que a un tiempo le invita a confesar ante sus súbditos las peripecias de su vida anterior y le asegura que sus revelaciones serán bien acogidas por sus súbditos<sup>33</sup>.

Resumiendo. En Mentón superadas todas las pruebas Zifar alcanza el poder político con el título de rey, Grima ve recompensados sus gestos de “buena dueña” con el reconocimiento de su marido y el disfrute de los títulos y privilegios aparejados a su condición de esposa del rey y los hijos se benefician del amor de sus padres y los derechos a la herencia de cuanto Zifar ha conquistado.<sup>34</sup>

Pues bien, no termina aquí la narración, porque todo lo anterior no es sino la justificación del autor para introducir la que, desde mi punto de vista, es la parte medular del relato; la que se ha denominado “los castigos del rey de Mentón”; en ella se pone de manifiesto “la justicia y la sabiduría del Caballero como rey y como padre”<sup>35</sup>. En efecto, en la línea que marca este género literario el rey se convierte en mentor de sus

---

de las sospechas que sobre la identidad de rey tan justiciero le asaltaron alguna vez. Bien es verdad que Zifar, en lugar de dirigirse a ella para aclarar lo sucedido, interroga a los donceles (p. 184).

<sup>28</sup> “E el rey resçebiolos por sus vasallos e fizoles cavalleros con muy grandes alegrías” (p. 185).

<sup>29</sup> Garfín y Roboán, contando con la veteranía del caballero amigo, combaten con las huestes del conde rebelde, al que Garfín apresa tras un duelo individual a lanza y espada (pp. 193 y ss.).

<sup>30</sup> “De cómo el Rey de Mentón dio sentencia contra el conde Nasón su vasallo; mandó que le sacasen la lengua por el pescueço, por las palabras que dixiera contra su señor el rey; e mandó que le cortasen la cabeça en mandó que le quemasen e le feziesen polvos e que los cogiesen e los echasen en el lago que era ençima de su regno...” (p. 187).

<sup>31</sup> P. 226.

<sup>32</sup> Un Paraíso que ella merecía como sierva de Dios que era y por la bondad y santidad con la que había conducido su existencia (p. 226).

<sup>33</sup> Esto ocurre cuando Zifar pidió a Dios que le ayudara a “ayuntar a su mujer e a sus fijos en aquella onra que él era...” (p. 226).

<sup>34</sup> Todo se aclara cuando Zifar cuenta su historia a sus súbditos, Grima, hace valer sus sentimientos maternos y los naturales de Mentón los aceptan por sus reyes y señores naturales (pp. 227-228).

<sup>35</sup> Así la definió Wagner y son muchos los estudiosos que siguen haciéndolo. Justina RUIZ CONDE: “La composición del caballero Zifar”, p. 365. Sobre sus fuentes, entre otros trabajos CACHO BLECUA, J. M.:

hijos y, exigiendo de ellos toda atención que se debe prestar a un maestro, comienza a instruirles en los principios morales que han de guiar su actuación y en las normas de conducta que regularán sus vidas cotidianas.

El programa didáctico combina el adoctrinamiento moral dentro de la axiología cristiana, con la instrucción en los esquemas políticos imperantes y la exhortación a la práctica de actividades físicas y normas de conducta propias de los caballeros. Es de advertir que Zifar desarrolla todo ello en un tiempo relativamente largo sin atenerse, aparentemente, a un guión previo y que la susodicha ausencia de guión, si bien es causa de reiteraciones sin cuento, también es excusa para que el autor inserte abundantes digresiones algunas alejadas de lo que parece su objetivo primordial. Digresiones que pudieran corresponder más a valoraciones personales del autor que a axiologías colectivas.

#### 1.4. ZIFAR CABEZA DE UNA ESTIRPE DE REYES

Todavía la novela consta de una tercera parte<sup>36</sup>, la que constituye el auténtico corolario al proyecto adoctrinador del autor: la culminación, en la figura de Roboán, de un linaje construido sobre los cimientos de las virtudes del cristianismo. Esa parte es la que relata las aventuras que, en la estela de su padre, emprende el hijo segundogénito de Zifar y Grima, empeñado como aquél en liberar las tierras sobre las que luego gobernará. Como no podía ser de otra manera, la redención de las maldiciones que pesaban sobre su linaje, la mejor preparación del caballero, y el excelente equipamiento con el que inicia la empresa<sup>37</sup>, permiten al vástago alcanzar logros más señalados que los de su progenitor. Porque, tras muchas peripecias de todo signo, Roboán accedió al trono imperial y se casó con su primer y real amor: la infanta Seringa de Pandulfa. Lo hizo en cumplimiento de la palabra que empeñara a la dama de volver a Pandulfa para casarse con ella cuando hubiera alcanzado las metas que se proponía. Y lo hizo tras sortear las seducciones que le asaltaron en su ruta.

## 2. EL CABALLERO ZIFAR EN LA ENCRUCIJADA DE LOS SIGLOS XIII-XIV

Sabemos por varios trabajos de la magnitud de la deuda contraída por el autor del *Zifar* con las obras hagiográficas difundidas hasta entonces. Baste aludir al hecho más conocido: parte de los rasgos biográficos del Caballero de Dios no son sino la adaptación a un contexto diferente de los que correspondían al héroe de la Vida de San Eustaquio<sup>38</sup>; e incluso añadir otro: la “buena dueña” que es Grima no hace sino encar-

“Los problemas del *Zifar*”, *El libro del caballero Zifar. El códice de París*, ed. F. RICO y R. RAMOS, M. Moleiro editor, s.a., p. 74.

<sup>36</sup> La que RUIZ CONDE, J. identifica como *Hechos de Roboán*, esto es, las aventuras de Roboán hasta conseguir ser emperador y ver a toda la familia reunida de nuevo (pp. 364-365).

<sup>37</sup> Su padre le da para el viaje cien acémilas cargadas con oro y plata, y trescientos caballeros de su propia mesnada (p. 323).

<sup>38</sup> RAMOS, R.: “Invitación a la lectura del *Libro del Caballero Zifar*”, pp. 35 y ss.



nar las virtudes que practicaron las señoras nobles ejercitadas en la devoción mariana desde los primeros tiempos de cristianismo. De modo que la inserción de la novela dentro de los esquemas del género hagiográfico permite a su autor multiplicar los signos y las actuaciones milagrosas a favor de la devota pareja. Pues bien; esa inserción no es obstáculo para que muchos de los episodios que salpican el viaje de Zifar y de los suyos tengan una clara inspiración en relatos orientales y, más concretamente, islámicos<sup>39</sup>. Además, la obra contiene un abultado número de digresiones de variado signo como fábulas, sentencias, referencias bíblicas... de diversa procedencia<sup>40</sup>.

Es posible que parte de la celebridad alcanzada durante la Baja Edad Media por el libro que comentamos se debiera a su condición de recopilatorio de éxitos literarios. Es igualmente cierto que desde hace más de un siglo estudiosos y exégetas ya españoles, ya extranjeros, fascinados como los lectores de antaño por el *Zifar*, han ido subrayando rasgos intrínsecos y extrínsecos de la obra que contribuyen a facilitar su lectura y a clarificar sus mensajes. En este sentido cabe recordar que se ha especulado con la sugestión que pudiera haber ejercido sobre los lectores bajomedievales el eco del pasado que parece contener el *Libro del caballero Zifar* y más en concreto la figura de su principal protagonista. Se ha dicho que el *Zifar* es un himno al exilio, en la línea del *Cantar de Mio Cid* y la figura Zifar una exaltación del esfuerzo caballeresco en orden al encumbramiento del linaje, con Rodrigo Díaz y su gesta valenciana como último referente<sup>41</sup>. Pero aún siendo muy atractivo -e incluso tentador- el análisis de nuestro personaje como émulo de las hazañas del Cid pienso que, por encima de similitudes, la época debió tomar en consideración las distancias que median entre la familia del Cid y la de Zifar; entre un ejemplo de peregrinaje forzoso y otro voluntario y, sobre todo, valorar el abismo que separa las entrañables y monolíticas relaciones entre el Cid y su mujer y las muy ambiguas, versátiles e interesadas de Zifar, con “la dueña” que tiene por mujer y “la infante” que fue su esposa y principio necesario de su promoción social e, incluso, la fidelidad con que el de Vivar preserva el recuerdo de sus hijas y las amnesias que aquejan al rey de Mentón.

También son abundantes las conexiones establecidas por los analistas entre los acontecimientos que marcaron el tiempo en que se escribió la obra y el tema del camino -la “itinerancia” podríamos decir- que late en la entraña misma de toda la novela. No quiero dejar de recordar el interés que ha suscitado la figura de Zifar en su faceta andante, el caballero encarnaría a un *Homo viator* empeñado en conseguir las metas últimas<sup>42</sup>. Zifar sería, desde esta óptica, una metáfora del viaje trascendente muy en consonancia con las categorías tópicas y cronológicas de la Edad Media. Pero ¿fue este rasgo metafísico el que propició la buena acogida del público bajomedieval?

<sup>39</sup> GONZÁLEZ MUELA, J. insiste en que el núcleo de la novela es un cuento de *Las mil y una noches*, “Introducción crítica” al *Libro del caballero Zifar*, p. 23.

<sup>40</sup> Sobre estas cuestiones entre otros: gonzález muela, J.: pp. 27 y ss. CACHO BLECUA, J. M.: “Los problemas del *Zifar*”, pp. 68 y ss.

<sup>41</sup> GÓMEZ MUELA, J: “Introducción”, p. 10 y 13

<sup>42</sup> VALLEJO RICO, I.: “El caballero Zifar en la encrucijada del tiempo y el camino”, *Cahiers d'Études hispaniques médiévales*, nº 30 (2007) dedicado a *Homo viator. Errance, pèlerinage, et voyage initiatique dans l'Espagne médiévale*, pp. 215-228; DUCLOS TALBOTIER, Catherine: “L'errance du chevalier Zifar” en la misma revista y número pp. 261-268.

Mención específica merecen todos los esfuerzos realizados por entroncar la obra con los hechos acaecidos en Europa y España durante las últimas décadas del siglo XIII y la primera del XIV, un período marcado por acontecimientos tales como el jubileo del año 1300, o los problemas relativos al casamiento y la descendencia de los reyes Sancho IV y María de Molina<sup>43</sup>. Difícil parece argumentar nada en contra de ese enlace genérico que está establecido en el prólogo de la novela. Más ajustado sería apuntar matizaciones respecto a una conexión directa entre el matrimonio de los reyes y la pareja literaria, entre los perfiles biográficos de la reina y los rasgos caracterológicos del personaje literario de Grima. María es, desde luego, como Grima una mujer de robusto carácter que se enfrentó a cuantos retos tuvo a bien presentarle el hado<sup>44</sup>. Pero más allá de esas similitudes, los lectores podían valorar que Grima era, ante todo la mujer “obediente al hombre” cuyos actos meritorios se realizaban indefectiblemente en el ámbito de lo religioso, mientras Doña María alcanzaba sus mayores logros siendo ya viuda y lo hacía en la esfera pública, allí fue donde ella consiguió su aureola de persona firme sin dejar de ser prudente<sup>45</sup>.

Por todo lo anterior sigo pensando que la celebridad alcanzada por la novela debió estar ligada al interés de su trama argumental, a la vigencia de los conflictos que en ella se desarrollaban y la aceptación, al menos en el seno de ciertos sectores sociales, de las tesis que su autor sustentaba y pretendía difundir. Pues bien; no puede haber la menor duda de que trama, conflictos y tesis tienen que ver con el mundo de la caballería y también, aunque algo más tangencialmente, con el ejercicio de la autoridad.

De modo que, desde mi punto de vista fue el tratamiento del tema caballeresco en sus dimensiones socioeconómicas y éticas, junto al abordaje de los retos morales que presentaba el acceso al poder y el ejercicio del mismo, lo que determinó la gran aceptación de la obra durante los siglos XIV y XV. Cabe suponer que los jóvenes de procedencia nobiliaria, y más aún aquellos que por razón de nacimiento o avatares históricos no podían mantener el nivel de vida requerido por su rango, sintonizaron sus apetencias con las de un Zifar pobre que sentía el fracaso de no poner en práctica los “dones” recibidos de la providencia para el ejercicio de la caballería.

Como hemos visto en el repaso temático con el que se abren estas páginas, el hilo argumental de la novela gira en torno a las andanzas de un caballero tan ferviente mantenedor del código moral del Orden al que pertenece que se ve impelido a buscar en otras latitudes la honra y los privilegios que le niegan, por consideraciones estrictamente económicas, en su país de origen<sup>46</sup>. Zifar simboliza, pues, las paradojas de la caballería medieval a comienzos del siglo XIV, y lo hace porque el autor ha encarnado en su protagonista el cúmulo de contradicciones que se ciernen en esa coyuntura sobre el arma y el Orden. La caballería es, como lo fuera antaño, un arma eficaz en

<sup>43</sup> Siempre a partir del Prólogo de la novela en la que se menciona todos esos acontecimientos. GÓMEZ REDONDO, F.: “El <Libro del Cavallero Zifar>”, *Historia de la prosa medieval castellana, II, El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid, 1999, en especial pp. 1382 y ss.

<sup>44</sup> Ha tratado estos temas entre otros CACHO BLECUA, M.: “Los problemas del Zifar”, p. 57 y ss.

<sup>45</sup> GÓMEZ REDONDO, F.: “El <Libro del Cavallero Zifar>”, pp. 1393 y ss.

<sup>46</sup> Recuérdese que el rey no contaba con él para acciones militares a causa de lo costoso que resultaban los servicios de un combatiente al que había que reponer las monturas al menos cada diez días. Sobre el valor de los caballos para los caballeros, PORRINAS GONZÁLEZ, D.: “Caballería y guerra en la Edad Media castellano-leonesa”, p. 50.

el campo de batalla, pero de un coste tan desmesurado que sólo muy pocos pueden sufragarlo. Y es un Orden de exigente ideario pero servido por unos miembros enrocados en la defensa de privilegios y recursos económicos. Todo ello en un escenario signado por las consecuencias de la brusca suspensión del proceso expansivo del siglo XIII.

Más en concreto, como es sabido, las guerras de conquista y, consecuentemente, rentables que propiciaron el desarrollo del arma entre los cristianos peninsulares parecen estrellarse ahora ante el firme valladar que oponen, ya juntos, ya por separado, los musulmanes hispanos y los africanos. De modo que desde finales del siglo XIII los escenarios bélicos han reducido su área y las acciones militares su rentabilidad sin que ello represente el más mínimo ahorro para la generalidad de los miembros de la caballería. Ellos deben seguir costeando un arnés progresivamente más caro y manteniendo unos caballos que demandan alimento tanto si participan en acciones bélicas como si no. Entiendo, pues, que el autor ha simbolizado en el castigo que sufren Zifar y los miembros de su estirpe, la situación por la que estaban atravesando tantos caballeros con penurias económicas.

Pero no es eso todo; porque la situación se complica si en el análisis introducimos las cuestiones referentes al código ético que rige el Orden caballeresco<sup>47</sup>. Porque ese código ético sólo autoriza las acciones bélicas que, desde los presupuestos ideológicos entonces vigentes, merecen la consideración de justas. Esto es; las que se emprenden en defensa de los débiles y oprimidos. Ni que decir tiene, que este concepto de empresas militares justas también incluye las encaminadas a recuperar tierras que, por haber sido antaño cristianas, se consideran irredentas. En definitiva, el Código solo trataba, permítaseme recordarlo, de mantener la adecuación entre los derechos y los deberes de los “defensores”. Pero el reto era hacerlo en un momento en el que escaseaban las oportunidades de ejercitar esas “defensas” de desvalidos y aumentaba el coste de la caballería. En esta coyuntura cobra fuerza la tentación, siempre latente, de empuñar las armas en beneficio propio.

Y, a propósito de esta cuestión, el autor del *Zifar* vuelve a revestir a su personaje con las vestiduras propias del paradigma. Porque, en efecto, a fin de simbolizar las consecuencias que a largo plazo puede tener el quebrantamiento del orden moral consuetudinario, ha descrito los males que acosan al caballero como secuela de un pecado de su estirpe. Se trata de un recurso narrativo que si bien puede sorprender a un mundo tan pretendidamente individualista como el nuestro, encajaba a la perfección en la mentalidad de la época: si por vía de herencia se aceptaban recursos económicos y preeminencias sociales, también habría que reconocer el carácter hereditario de las responsabilidades y deudas de los ancestros<sup>48</sup>.

Ahora bien; convertido el desvío del abuelo en pecado del linaje, el autor ofrecía a los miembros del mismo la posibilidad de redimirlo mediante la correspondiente

<sup>47</sup> Sobre caballería y nobleza véase RODRÍGUEZ VELASCO, J. D.: *El debate sobre la caballería en el siglo XIV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*, Valladolid, 1996, pp. 18 y ss. Sobre estos problemas en el *Zifar* CACHO BLECUA, J. M.: “Los problemas del *Zifar*”, pp. 76 y ss. y RODRÍGUEZ DE VELASCO, Jesús D.: “Zifar en la edad de la virtud” en *La Corónica*, 27 (3), 1999. Número dedicado a *El libro del Caballo Zifar*, pp.174 y ss.

<sup>48</sup> Se trata de un tema recurrente. Yo misma lo traté en “Ideario político y orden social en las Partidas de Alfonso X”, en *La España Medieval*, nº 14-1991, pp. 183-200, en especial p. 188.

penitencia. Y así comienza la novela, con una peregrinación expiatoria de toda la familia del protagonista, puesto que a todos sus miembros alcanzaban las condenas consecuentes a un pecado lejano en el tiempo pero próximo en la sangre. Aunque, sin duda será Zifar el responsable último de la empresa. De hecho el novelista ha introducido un sesgo en la línea argumental muy poco antes del asentamiento de Zifar en el reino de Mentón, en ese período mismo en el que encomendó a su protagonista toda la gestión de la empresa redentora. Esa empresa que, si bien, comenzó a la salida del reino de Tarta con carácter de familiar, culminará en Mentón con los rasgos de una gesta personal, porque Zifar, desperdigada toda la familia, viaja con la única compañía de un ribaldo como escudero.

Allí, en Mentón, tiene lugar el prodigio de la metamorfosis de un Zifar, caballero de nombre pero carente de los recursos indispensable para el ejercicio de su función —entra a pie— y sometido a la amenaza de perder los que consiga con su esfuerzo, en un campeón de la defensa de un reino, que puede aspirar a la mano de la heredera. Ahora, en Mentón, redimidas antiguas culpas del linaje mediante la estricta observancia de las reglas de la defensa de los oprimidos, Zifar recibe el título de Caballero de Dios, al tiempo que la acción deja de girar en torno al problema de la muerte de las monturas. Y todo eso ocurre tras una proclama de Zifar que tiene todos los ingredientes de profesión de fe y manifiesto político-militar: no necesita ayudas humanas en las lizas terrenales contra enemigos superiores en número, porque aspira a tener a Dios por compañero<sup>49</sup>. Es cierto que quien ya es reconocido como el caballero de Dios tampoco volverá a los campos de batalla, pero cuando sus hijos lo hagan no tendrán que experimentar ningún género de penalizaciones. No se dice expresamente, pero si va implícito en el hilo argumental que el linaje mantiene el favor de Dios por la fidelidad que todos sus miembros guardan a los principios exhibidos y predicados por el padre.

Mentón será, pues, la tierra prometida que buscaba Zifar. Porque es, en definitiva, en Mentón donde el autor de la novela concede a su personaje el título de rey, la gracia de practicar la violencia sin conculcar, a criterio de la época, las exigencias de la justicia y la autoridad moral para “castigar” a sus hijos destinados a ser sus herederos.

Pero es también en Mentón donde empiezan los dilemas morales del caballero. Unos dilemas que derivan de su proyecto de ascensión social y son de tan hondo calado como que afectan a la entraña de sus estructuras familiares, tanto en la vertiente material como en la ético-moral.

Es cierto que el conflicto moral debiera remontarse en el tiempo al instante del matrimonio con la heredera de Mentón, pero el autor no dice nada al respecto. Si sabemos de sus inicios a la muerte del rey, su suegro. Y es que Zifar se encontrará en la disyuntiva de culminar su carrera de ascensos casándose con la hija adolescente del rey o ser fiel al sacramento y al amor que le unían a su primera esposa. Y aunque sumergido en la vorágine de su propósito promocional “el caballero de Dios” no dude en recibir “a la infante por su mujer”, sin que le incomoden las sombra de la

<sup>49</sup> Zifar que recibe del mayordomo del rey de Mentón, caballo y armas para ponerlas a disposición de aquel reino atacado por el de Ester (p. 150), se gana el título de “caballero de Dios” tras aceptar él sólo el reto de dos familiares del agresor, porque, como manifiesta a amigos y enemigos, había tomado “a Dios por compañero” (pp. 154 y ss.).

otra esposa y de los hijos que tuviera con ella, pronto le asaltarán los recuerdos de su vida anterior<sup>50</sup>. Recuérdese que todavía esa encrucijada se volverá más patente, cuando Grima llegue a Mentón y Zifar, aunque la reconozca de inmediato, opte por no hacerlo, a fin de no poner en peligro la posición alcanzada<sup>51</sup>. La ambigua situación será resuelta, en el plano fáctico, por Grima quien aún cuando dude en identificar a su marido detrás de las trasformaciones físicas que han operado los años, escoge permanecer impávida ante sus probables desvíos. Ella, a fuer de conservar la condición de buena dueña que siempre la ha caracterizado, renuncia a desvelar un misterio que hubiera puesto en entredicho la honorabilidad del caballero y, en consecuencia, comprometido su proyecto de promoción. En definitiva, en Mentón y durante un tiempo Zifar se encuentra con dos mujeres, la una legitimada por la Iglesia, la otra la que le legitima a él como rey. De tan apretado trance y tras múltiples y dramáticos acontecimientos le salva la Providencia, llevándose “al paraíso” a la joven que le ha permitido escalar las cimas del poder<sup>52</sup>.

Más allá de alegatos sobre la rectitud de los propósitos y las acciones del caballero, de intervenciones milagrosas de las fuerzas celestes a favor de quien se presenta como quintaesencia del bien y la virtud, podemos afirmar que la línea de conducta atribuida por el autor a su personaje pone de manifiesto, de forma incontestable, que la escala de valores por la que éste se rige antepone la conquista del poder y el mantenimiento en el disfrute del mismo a cualquiera otro beneficio o don de la índole que fuera. Que esa meta rige sus actos, orienta sus actitudes e, incluso, condiciona sus sentimientos es algo que se pone de manifiesto en la reflexión, con ribetes de blasfemia, que el autor le atribuye cuando está a punto de espirar el segundo y definitivo plazo de su compromiso de castidad conyugal. Una idea que podemos sintetizar en la decisión de mantener el trono sobre el que se sienta aún a costa de vivir en pecado con la joven que le ha facilitado el acceso al mismo.

En resumen, Zifar, encarna la salida digna de la encrucijada en la que se encuentra el Orden caballeresco a comienzos del siglo XIV: buscar otros horizontes donde, poniendo su brazo armado al servicio de causas justas, sin quebrantar, pues, la fe de la caballería, alcanzar las remuneraciones y privilegios que sus miembros creen merecer. El caballero de Dios será el prototipo del ideal de la Caballería, convertido ese ideal, a su vez, en cimiento de legitimación del poder.

Ahora bien; todo lo anterior no empece para considerar, desde la óptica de nuestro tiempo, que tal vez de forma inconsciente y dejándose llevar por las exigencias de su proyecto adoctrinador, el novelista haya atribuido a su personaje unas conductas y unas actitudes concomitantes con las que exhiben, en todos los tiempos, los arquetipos de la ambición, aquellos sujetos sin reparos que subordinan creencias y personas a la consecución de sus metas políticas y al mantenimiento de las prebendas alcanzadas. Pero esta cuestión es de tan hondo calado que exige un análisis mucho más detenido.

---

<sup>50</sup> p. 169.

<sup>51</sup> Véase más arriba la nota 25.

<sup>52</sup> Véase más arriba la nota 31.



**Fig.1.** Zifar entra en la ciudad del rey de Mentón sin caballo y con una espada por única arma. Códice de París, 53r.



**Fig.2.** Zifar se enfrenta sólo, con la ayuda de Dios, a dos parientes del rey de Ester. Códice de París, 55r.

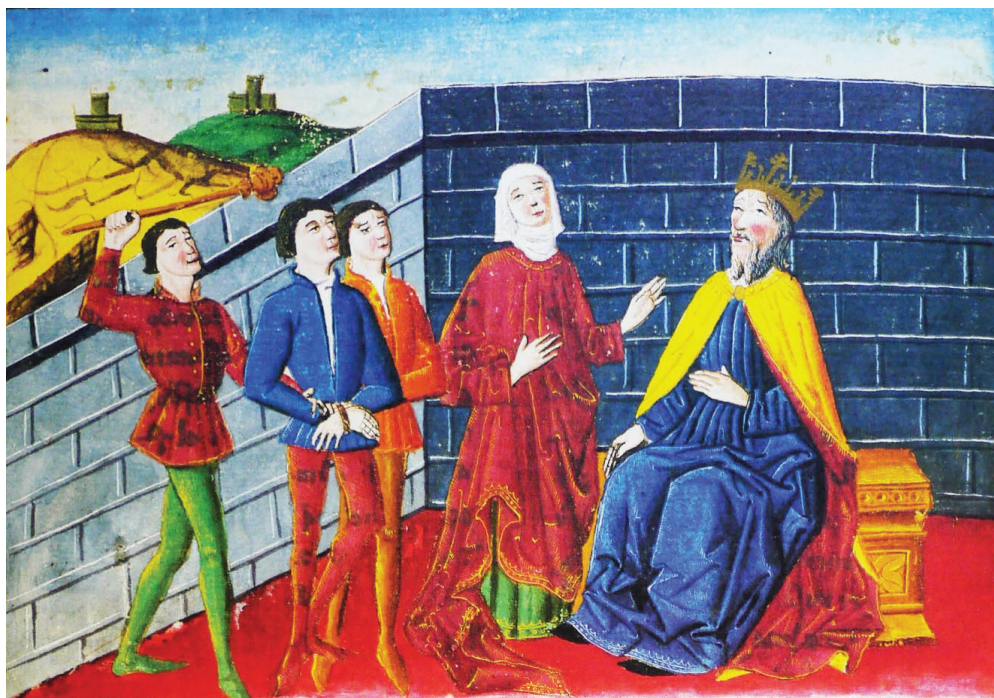


Fig.3. Zifar, como rey de Mentón, juzga a Grima, Garfín y Roboán. Códice de París, 71v.



Fig.4. Zifar, como rey de Mentón, arma caballeros a Garfín y Roboán. Códice de París, 72v.